



Un orden mundial en constante cambio

Posted on Marzo 15, 2026

A medida que los actores buscan protegerse y mantener el equilibrio en un sistema internacional incierto, India debe asumir la soberanía fijando su mirada en la arquitectura multipolar emergente del continente euroasiático y buscando una estrecha asociación con las dos potencias a la vanguardia de esta arquitectura: Rusia y China.

Por Zorawar Daulet Singh

Recientemente, Donald Trump publicó una descripción sumamente aduladora de su conversación telefónica con Xi Jinping. En la versión china, Trump calificó la relación entre Estados Unidos y China como “la más importante del mundo”. Lo que precedió a esta llamada fue igualmente interesante. Unas horas antes, Putin y Xi mantuvieron una larga videollamada en la que se comprometieron a fortalecer su alianza estratégica y a seguir trabajando por un mundo multipolar. Discutieron sobre las relaciones con Estados Unidos y “analizaron seriamente los asuntos internacionales más apremiantes, especialmente dadas las situaciones extremadamente tensas y explosivas que se han desarrollado en varias regiones del mundo”. Esto último fue una clara referencia a la beligerante diplomacia de Washington en los últimos meses. Xi también informó a Putin sobre su próxima conversación con la Casa Blanca, una muestra de la coordinación de alto nivel entre Moscú y Pekín.

La dinámica de este gran triángulo de poder se ha convertido en el factor clave para dar forma al cambiante orden mundial.

Un argumento popular en la India ha sido que la estabilización de las relaciones entre Estados Unidos y Rusia permitiría a Estados Unidos reorientar su estrategia hacia el Pacífico Occidental y centrarse en el ascenso de China. A medida que se produzca este reequilibrio, aumentará la capacidad de la India para desarrollar alianzas simultáneas con Washington y Moscú. La creciente presión sobre la periferia oriental de China también reduciría la competencia en materia de seguridad en la frontera entre India y China. En general, este ha sido el escenario deseado por la India en el tablero de ajedrez de las grandes potencias.

El problema, sin embargo, que surgió inicialmente durante la Guerra Fría y persiste en el mundo contemporáneo, es que Estados Unidos y Occidente nunca imaginaron el triángulo de grandes potencias de esta manera. Para Estados Unidos, China siempre ha sido la potencia clave a la que atraer a su bando, no solo para neutralizar su participación en la rivalidad entre Occidente y Rusia, sino también para reducir los incentivos de Pekín para promover un auténtico orden multipolar.

¿Ha refutado Trump este marco geopolítico? Si observamos los acontecimientos del último año y la serie de documentos de seguridad nacional publicados, resulta evidente que la política básica de no confrontación con China se ha reforzado. No existe un giro hacia Asia ni un inminente enfrentamiento con China. En cambio, la contención de una Gran Eurasia constituye un pilar fundamental de la geoestrategia estadounidense y occidental. Occidente simplemente está llegando a nuevos entendimientos sobre el reparto de la carga interna y la «transferencia de la carga», como se ha denominado en declaraciones oficiales.

Lo que sí ha cambiado, por supuesto, es el reconocimiento, aunque a regañadientes, de que la guerra indirecta en Ucrania ha agotado a Occidente más que a Rusia y, por lo tanto, requiere una solución. Pero incluso con el potencial de alcanzar la paz y la estabilidad estratégica, el impulso subyacente hacia el unilateralismo no ha desaparecido. Es bastante evidente que Trump está adoptando un enfoque paralelo para estabilizar las relaciones con Moscú y Pekín y, al mismo tiempo, aprovechar esa estabilidad de gran potencia para emprender acciones sin oposición en varias regiones, incluyendo la periferia euroasiática.

Las implicaciones para la India también son profundas. Si Estados Unidos no pretende enfrentarse a China —y carece de la capacidad efectiva para hacerlo—, sino que busca la estabilidad en el Pacífico Occidental y una competencia estratégica responsable, la lógica fundamental de la política exterior de la India posterior a la Guerra Fría se desmoronaría.

Dicho esto, existen algunas tendencias importantes que, en última instancia, definirán el impulso hacia la multipolaridad.

En primer lugar, Estados Unidos carece de los recursos materiales necesarios para sostener el tipo de políticas expansivas a las que se había acostumbrado en las últimas décadas. Toda la retórica en Estados Unidos y la Unión Europea no debería distraernos de la multitud de problemas estructurales sin resolver en sus sistemas políticos.

En segundo lugar, podemos observar la lógica continua del giro de Rusia hacia el mundo no occidental, el Sur Global y, lo que es más importante, hacia las inversiones en la infraestructura necesaria para que surja la multipolaridad y sienta las bases del orden mundial.

Rusia no puede hacerlo sola y necesita socios para este proceso de construcción de orden. China e India encabezan esa lista.

En tercer lugar, China reconoce que los bienes públicos básicos, especialmente en el ámbito geoeconómico, deben crearse y protegerse de la depredación para que surja una multipolaridad significativa. No basta con tener fortaleza nacional, de la que China dispone en medida suficiente; para resistir la coerción estadounidense, deben iniciarse contramedidas. El fracaso de la agresión comercial de Trump contra China en 2025 puso de manifiesto esta nueva realidad. La construcción de un orden también requiere el desarrollo de una infraestructura normativa e institucional que vaya más allá de garantizar la seguridad de China. En su ausencia, amplias zonas del Sur Global carecerán de una opción estratégica creíble para desvincularse de la arquitectura unipolar coercitiva e integrarse en un sistema inclusivo de interdependencia.

Finalmente, India se acerca a los límites de su estrategia de integración con Estados Unidos. Históricamente, hemos visto un patrón similar en otras potencias no occidentales. Rusia ha sufrido una serie de crisis en las últimas décadas. China también experimentó una fase similar en la década pasada. Tanto Moscú como Pekín se vieron obligados a adaptarse.

El último año ha sido aleccionador para la India, ya que ha puesto de manifiesto, de forma muy clara, la tensión entre una política de integración y una política de soberanía. La opinión predominante durante las últimas dos décadas ha sido que la disyuntiva entre diluir gradualmente la independencia estratégica para unirse a una red interestatal más amplia liderada por Estados Unidos, por un lado, y preservar la opción nacional, por otro, podría prolongarse aún más en el tiempo. Durante este largo periodo de incertidumbre, se afirmó que la India desarrollaría su poder material hasta tal punto que no solo se aseguraría la soberanía, sino también el estatus de gran potencia.

La confianza depositada en esa apuesta por Estados Unidos se ha desplomado. Se ha derrumbado porque Estados Unidos ha perdido el control del orden internacional más rápido de lo previsto. Como en todos los casos anteriores de superpotencias en declive, Estados Unidos ha adoptado una estrategia depredadora y burda, principalmente a expensas de sus aliados y socios, con el objetivo primordial de revitalizar su

debilitada base industrial interna. Se trata de un juego de suma cero dentro del bloque estadounidense, e India está pagando el precio, o la factura, si se prefiere llamarlo así, que siempre ha estado ligada a la letra pequeña de ser un socio.

Es aquí donde la cuestión de la multipolaridad se convierte en el tema predominante, no solo como un concepto atractivo o una visión de un orden mundial positivo que se cultivará gradualmente para un futuro lejano, sino como un instrumento clave para la supervivencia nacional y para la transición del orden mundial hacia algo que pueda satisfacer las necesidades básicas de la seguridad y la interdependencia internacionales.

Los responsables políticos indios han reconocido que resistir la coerción económica, la única forma honesta de describir el reciente conflicto comercial con Estados Unidos, requiere una arquitectura alternativa que permita la interdependencia económica y geopolítica multidireccional. India será uno de los mayores beneficiarios de este proceso. Esto implica una colaboración sostenida y significativa con Rusia y China en los BRICS, así como nuevas iniciativas en áreas temáticas específicas. No puede haber verdadera soberanía sin la creación conjunta de una arquitectura alternativa para un nuevo orden mundial. La autonomía estratégica y la auténtica colaboración multipolar son dos caras de la misma moneda, al igual que la pérdida de soberanía y la integración con la red estadounidense son dos caras de otra moneda.

*Zorawar Daulet Singh es autor y analista de asuntos estratégicos, residente en Nueva Delhi. Es investigador adjunto en el Instituto de Estudios Chinos.

El Maipo/BRICS